

INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Viernes 29 de julio de 2016 · Nº 11



Federico Murro

El nuevo uruguayo: inmigrante

Ave fénix

Ya no bajan de los barcos

Composición aproximada de la migración uruguaya

UN ESTUDIO reciente arroja el perfil migratorio del Uruguay actual*. Se propuso describir las tendencias de la inmigración en Uruguay entre 2007 y 2015 y analizar el perfil sociodemográfico y desempeño socioeconómico, así como la integración social de los migrantes. Lo llevaron adelante los investigadores Victoria Prieto, Sofía Robaina y Martín Koolhaas de la Facultad de Ciencias Sociales.

Las fuentes fueron el censo de población de 2011, las Encuestas Continuas de Hogares (ECH) del Instituto Nacional de Estadística (INE) de 2012 a 2015, registros administrativos de ingreso al país, permiso de residencia y solicitud de documento de identificación, y datos provenientes del Sistema de Información Integrada del Área Social (SIAS) del Ministerio de Desarrollo Social, que contiene información de los beneficiarios de la mayoría de las prestaciones sociales del Estado uruguayo. Precisamente, los investigadores señalaron como un eje la falta de integración y coordinación entre todas estas fuentes, lo que dificulta tener un panorama global de la población migrante.

En primer lugar, destacan que la mayor transformación de la inmigración reciente no se produce tanto en su volumen total, sino en su composición por orígenes: hay un crecimiento de los denominados "nuevos orígenes latinoamericanos" (NOL) -que excluyen a Argentina y Brasil- en detrimento de brasileños y estadounidenses. En 2006 el grupo de los NOL representaba 9,1% de los nacidos en el exterior, en 2008 12,6% y en 2011 15%. Según los registros del Aeropuerto Internacional de Carrasco, entre 2011 y 2014 hay un flujo creciente de inmigrantes de Venezuela, Cuba, República Dominicana y Bolivia, en particular venezolanos y dominicanos.

En cuanto a las residencias (ver tabla 1), si se excluye a Argentina y Brasil, entre 2012 y 2014, la mayoría de las residencias fueron otorgadas a ciudadanos de Perú, seguidos por México, Colombia, Paraguay, Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador, Chile y República Dominicana. Si se compara el período 2012-2014 con el 2000-2002, las residencias concedidas a ciudadanos de Bolivia, Ecuador, Chile y Paraguay se duplicaron, las de ciudadanos de Perú se triplicaron, las de los colombianos se cuadruplicaron y las de los ciudadanos venezolanos se multiplicaron por 14.

En cuanto al número de cédulas emitidas entre 2011 y 2015, se registra una evolución muy estable de lento decrecimiento. Sin embargo, los NOL siguen una tendencia excepcional y se convierten, en tan sólo cuatro años, en el principal origen solicitante de cédulas en 2015, con 31% de las cédulas concedidas. Los principales en 2015 fueron Venezuela (10%), Cuba (4,8%), Perú (4,3%), Colombia (2,9%) y México (2,4%).



Peatonal Sarandí. / IVÁN FRANCO

EL CASO DE REPÚBLICA DOMINICANA

Entre 2011 y 2014 hubo un crecimiento exponencial en la inmigración de nacionales de República Dominicana, pero esa tendencia creciente se vio bruscamente interrumpida en 2015, cuando se registra una salida intempestiva de dominicanos desde Uruguay. Lo mismo sucede con las solicitudes de cédula de identidad, que entre 2013 y 2014 se triplicaron y en 2015 cayeron abruptamente. Valeria España, abogada que se ha desempeñado como consultora de la Organización Internacional para las Migraciones, estimó que la salida puede estar vinculada a la decisión que tomó Uruguay en 2014 de exigir visa a los nacionales de ese país. "Con esa exigencia, en muchos casos la reunificación familiar no era posible, y optaron por irse", explicó España. Consideró que también puede haber pesado que "las condiciones de vida que tenían no llenaban sus expectativas", y también que muchas veces Uruguay es un país de tránsito, y los migrantes llegan con miras a irse a otro país de la región. ■

Quiénes son

La información del SIAS permite tener un perfil aproximado de los migrantes. En primer lugar, se constata una fuerte masculinización de esa población: en el caso de los nacionales de Argentina y Brasil, se registran 26 varones cada 10 mujeres, y en el caso de los NOL, 22 varones cada 10 mujeres. La única excepción es República Dominicana, con 9 varones cada 10 mujeres.

Otra fuente de información, las ECH, arroja en cambio una fuerte feminización de la inmigración, sobre todo de los migrantes provenientes de Bolivia (70,8% son mujeres), Colombia (70,5%), Dominicana (67,1%), Perú (61%) y Chile (59%). Los investigadores señalan estas contradicciones entre los dos registros.

Los ciudadanos brasileños y argentinos tienen una de las estructuras de población más envejecidas de los migrantes. Lo mismo sucede con españoles y estadounidenses, con salvedad de que en estos dos casos se constata una presencia importante de niños y jóvenes menores de 15 años. Los ciudadanos provenientes de los NOL son los más jóvenes.

El dato que más destaca en cuanto al perfil de los migrantes de los NOL es su nivel educativo.

La porción de inmigrantes con educación terciaria completa es la más grande entre varones y mujeres extranjeros, sólo después de aquellos procedentes de Europa o Asia. El 44% de las mujeres y el 49% de los hombres tienen terciaria completa.

Sin embargo, según los datos de las ECH, la incidencia de la pobreza en la población inmigrante de los NOL es superior a la de la población nativa y al resto de los inmigrantes. Esa desigualdad se corrobora en todas las edades y en ambos sexos, pero es especialmente pronunciada entre los menores de 15 años.

De acuerdo al censo de 2011, 40% de los hogares de inmigrantes recientes incluye miembros de la segunda generación. Entre ellos, 80% de los hogares con hijos son nucleares, 10,6% monoparentales y 9% de estructura extendida o compuesta. Entre los monoparentales, la jefatura es femenina en su inmensa mayoría.

Residencia y trabajo

El 64% de los inmigrantes recientes de los NOL vive en Montevideo. Los barrios de la capital que muestran mayores tasas de inmigración son Ciudad Vieja, Punta Carretas y Carrasco. En el caso de los NOL, Pocitos es el principal barrio de residencia para todos los países excepto

los nacionales de Perú, que residen mayormente en Ciudad Vieja. Mientras que los hogares sin hijos predominan en los barrios de la costa de Montevideo, los hogares con hijos se sitúan mayormente en el centro y en la periferia de la ciudad.

Los investigadores señalan que la segregación residencial "tiene un efecto positivo, pues, por ejemplo, no reduce por sí mismo la probabilidad de acceder al mercado de trabajo". "Por el contrario, vivir en un barrio con una alta concentración de inmigrantes aumentaba en promedio 34,6 veces las chances de estar ocupado frente a no estar ocupado en 2011. Es posible que el barrio, la proximidad geográfica de otros inmigrantes de igual origen, opere para algunos como un canal de información en favor de la búsqueda de empleo, al menos entre los recién llegados", indican los autores del informe.

De todos modos, se registra una desventaja de los inmigrantes recientes en el acceso y calidad del empleo. "Además, el efecto protector de la educación frente al desempleo no se verifica para los inmigrantes recientes varones, y es muy débil para las mujeres más educadas de este grupo", advierte el informe. Los varones recién llegados que completaron la secundaria tienen la mayor tasa de desempleo (13,9%) y entre las mujeres es llamativa la distancia que separa a las nativas que completaron la educación terciaria (1,9% de desempleo) de sus pares extranjeras recién llegadas (15,8%).

En cuanto a la calidad del empleo, la población extranjera recién llegada de los NOL se concentra en ocupaciones de baja cualificación (38%), como cocineros, guardias de seguridad, vendedores, y de alta cualificación (32,8%), mayormente oficinistas, personal de apoyo administrativo y puestos gerenciales. La participación en actividades de nula calificación como limpiadores y asistentes domésticos es de 12,5%, lo que los distingue de la población nativa, en la que

RESIDENCIAS CONCEDIDAS SEGÚN DESTINO

País o región	%
Argentina	35,8%
Latinoamérica y el Caribe	28,6%
Brasil	20,9%
Estados Unidos	9,1%
España	5,5%

Fuente: Ministerio del Interior y Ministerio de Relaciones Exteriores.

TENDENCIAS DE LA MIGRACIÓN DE NUEVOS ORÍGENES LATINOAMERICANOS (NOL)

En crecimiento	%
República Dominicana	130%
Cuba	33%
Colombia	15%

En decrecimiento	%
Ecuador	26%
Chile	6,4%
México	2,8%

Fuente: EHC 2012-2015.

el peso de esta ocupación es casi nulo (0,0%).

Las mujeres inmigrantes recientes con educación terciaria perciben en promedio un salario inferior al de la población nativa y retornada de igual grado de escolarización, e incluso se encuentran por detrás de los varones nativos e inmigrantes que sólo alcanzaron a completar la educación secundaria. En cambio, entre las mujeres con primaria completa o menos educación, las extranjeras tienen un mayor ingreso medio que las nativas no migrantes y las retornadas.

Por otra parte, 16,4% de los inmigrantes recientes procedentes de países no limítrofes no tiene derechos vigentes en salud frente a 2,5% de la población nativa. Y la asistencia de niños y adolescentes en edad de escolarización a instituciones educativas es de 100%. Los inmigrantes recientes de los NOL tienen mejores desempeños que la población nativa no migrante en cuanto a educación y vivienda, pero sus mayores dificultades se concentran en el acceso al empleo de calidad y, como consecuencia, al sistema de salud.

Entre otras recomendaciones de política, que incluyen mejoras en los sistemas de información y la realización de campañas públicas, los investigadores plantean crear un Observatorio de la Migración que permita "no sólo dar cuenta de las tendencias del flujo migratorio sino, y fundamentalmente, de las luces y sombras del asentamiento e integración de la población extranjera y retornada de nuestro país". ■

Natalia Uval

*"Tendencias, perfil e integración socioeconómica de la inmigración reciente en Uruguay", elaborado por el Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, mediante un convenio con el Ministerio de Desarrollo Social. Contó con el financiamiento del Fondo de Población de las Naciones Unidas, la Organización Internacional para las Migraciones y UNICEF.

La regresión

Bélgica: migrantes, miedos y clases sociales

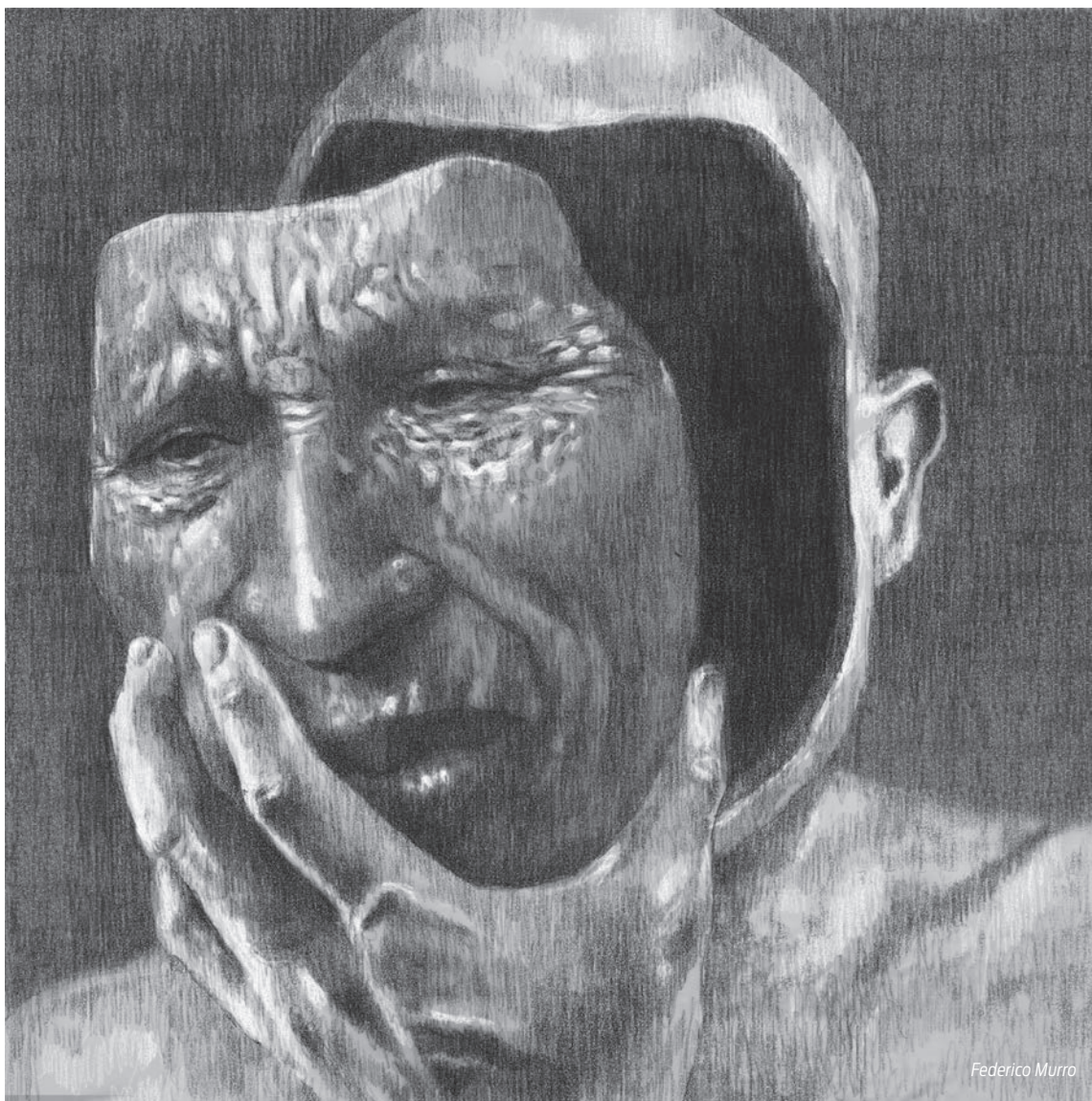
LA SITUACIÓN europea respecto de los migrantes empeora cada día más. Que vengan de Oriente o de Europa del Este se ha vuelto un problema para los ojos de una mayoría de la población. No se sabe exactamente cuánta gente lo piensa así, pero el Brexit reciente y el crecimiento de nuevos partidos fundamentalmente antimigrantes están a la vista de todos. Es un fenómeno que siempre ha existido en Europa con altibajos, es cierto. Sin embargo, el flujo migratorio, sobre todo de varones de Afganistán, Siria e Irak, que coincide con los atentados que han aquejado Francia y Bélgica, produce un ambiente más que enrarecido. Los sentimientos generalizados de la población son de rechazo y odio crecientes. Los medios de comunicación masivos repiten hasta la náusea los mismos argumentos sin matices. Pocos diarios o radios ofrecen un análisis racional de los hechos. Podemos acceder a ellos, pero tenemos que salir del conformismo informativo en el que nos encontramos, y de los lugares comunes que la derecha racista difunde, sobre todo en internet.

◆◆◆

Después de haber vivido 15 años en México y a cinco de mi regreso a Bélgica, este fenómeno me plantea muchos interrogantes respecto del sentido común del europeo promedio, y uno en especial: cuál podría ser la genealogía de ese racismo hacia el mundo musulmán, que, por cierto, nació en España hace 500 años. Es un sentimiento que yo mismo he conocido a los 15, antes de la lectura y de la conciencia política. Mi relación con los migrantes se remonta a mi infancia en Bruselas. En efecto, en 1974, fecha del reencuentro familiar organizado por el Estado belga para los turcos y marroquíes que acababan de terminar de construir el metro, vi la transformación, casi física, que significó esa llegada masiva a mi barrio de familias completas vestidas de otro modo. Vi todo eso con mis ojos de niño de cuatro años, sin ninguna información.

Mis padres no entendían lo que sucedía y estaban cerrados al mundo. Algunos negocios cambiaron de dueño, como la carnicería y la tienda de la esquina. Toda la calle se volvió "multicultural", como se dice ahora. Albaneses, armenios, turcos, congoleños, marroquíes habitaban las casas vecinas.

Luego, en los 80, nos mudamos a la ciudad originaria de mis padres. Se llama Charleroi y fue una ciudad minera a la que llegaron miles de italianos en la posguerra. En 1956 hubo una explosión en una mina que causó la muerte de más de 260 personas, la mayoría italianos. Italianos que vivían en pésimas condiciones en los alrededores porque el Estado belga no había preparado esa llegada de poco más de 63.000 personas. Después del desastre, Italia se negó a mandar más trabajadores a Bélgica. Por eso, llegó



Federico Murro

gente de España, Marruecos, Grecia y Turquía para trabajar no sólo en las minas de carbón sino también en la siderurgia y metalurgia. Pero en los 70, y sobre todo en los 80, el desempleo masivo produjo una gran cantidad de delincuencia y drogadicción. Llegué a vivir a esta ciudad en aquella época. Cuando nos mudamos sentí xenofobia. Con el tiempo me di cuenta de que lo que más me había faltado era la comprensión de mis padres, desarmados ante aquellas dificultades de convivencia con culturas diferentes. Tenían el racismo como única respuesta. Para mí, la única salida verdadera fue descubrir otros medios sociales, leer y viajar.

Conocí directamente a los refugiados de la ex Yugoslavia que tenían mi edad en 1994. Fui a Croacia en medio del conflicto. Vi una Europa en guerra, personas de mi generación sufriendo como habían sufrido mis abuelos. Y poco después, me fui a México para el encuentro zapatista de 1996.

De nuevo en Bélgica veo que lo que circula con más fuerza en estos momentos es tanto el antisemitismo como la islamofobia. El revisionismo y negacionismo vuelven con toda su potencia.

◆◆◆

Lo que me ayuda a observar de cerca esta situación es mi trabajo de maestro en un instituto educativo para adultos. Me ha tocado dar clase a trabajadores sociales, a enfermeras y a migrantes o refugiados. Esta

escuela se dirige a personas que por una u otra razón no pudieron cursar estudios superiores. Enseño el francés a palestinos, kurdos, libaneses, argelinos, marroquíes, japoneses, chinos, afganos, albaneses.

Y en octubre de 2015 me tocó enseñar en un cuartel militar donde llegaron más de 850 personas pidiendo asilo. Estas clases, pagadas por el Estado y organizadas por la Cruz Roja, combinaban nacionalidades diferentes. En mi caso, tuve alumnos de Afganistán, Irak, Kurdistán sirio y Somalia.

Una encargada de la Cruz Roja me iba contando los sucesos muy poco difundidos en los medios pero siempre disponibles en los sitios oficiales de la oficina de los refugiados. Por ejemplo, que los belgas afirmaban que los refugiados recibían un seguro completo de más de 1.000 euros, que equivale al seguro que reciben los desempleados. Dato fantaseado por la población humilde de Bélgica entrevistada en la calle la primera semana. En verdad, por semana, cada refugiado recibe la cantidad de 7,40 euros. También tienen la opción de trabajar con contratos cotidianos. Pueden ganar, por una semana de trabajo, limpiando baños o pasillos, atendiendo en el comedor o pintando las nuevas habitaciones, entre 25 y 30 euros. Todos estos montos están fijados por la ley. Cada mes tienen derecho a un boleto de tren para viajar por todo el territorio belga. La mayoría de las personas que llegaron a este centro son varones de entre 16 y 50 años.

Una minoría de familias con niños tuvieron derecho a una habitación propia. El resto comparte un cuarto con seis u ocho personas.

Uno de los problemas culturales fue la comida, que la mayoría no compartió por gustos muy diferentes. Después de varios meses de diálogo y aprobaciones oficiales y legales, una cocina fue puesta a disposición de la comunidad. Para esto también hubo que acomodar los horarios respetando la legislación y lo laico, es decir, ofreciendo un lugar igualitario a todas las confesiones.

Para entrar y salir hay que tocar un timbre y registrarse. Sin su credencial no pueden acceder al comedor, lavar su ropa, tener cita con el médico o medicinas.

◆◆◆

Existe el llamado "regreso voluntario". Es un programa de la Oficina Internacional de Migración (OIM) y de Cáritas que ofrece un retorno "voluntario" al país de origen con un apoyo del gobierno para los gastos de avión o autobús y otro para abrir algún negocio. El año pasado volvieron 2.365 personas, entre ellos, 759 iraquíes. En los últimos meses los refugiados recibieron una carta del ministro de Migración, Théo Francken, alentándolos a volver a su país de origen con un apoyo económico sustancial. Esto angustia a los migrantes que están en trámites desde setiembre de 2015. Muchos sólo tuvieron una única entrevista

y esperan la segunda, tal como lo dicta el procedimiento. Para los varones con familia en su país, la espera se ha vuelto una verdadera tortura. La mayoría gastó 10.000 dólares para llegar a Bélgica. No sé cómo consiguieron ese dinero porque no me atreví a preguntárselos. Recuerdo también que Bélgica está gobernada por una coalición de todos los partidos, pero es el partido de los nacionalistas y liberales flamencos que manda en este gobierno. Es cierto que en los últimos tiempos los expedientes aumentaron y faltó mucho personal administrativo o traductores, pero poco se hace para orientar a estas personas nada acostumbradas al papeleo institucional tan engorroso en Bélgica.

Y mientras esperan -a establecerse o irse- continúan con sus vidas. Varios de los refugiados me han contado que los insultan en la calle. Muchos no se atreven a ir al centro de la ciudad. Contra todo estereotipo, huelga decir que la población migrante es variopinta: universitarios y analfabetos, urbanos y campesinos.

◆◆◆

Entre el fenómeno de los jóvenes belgas, varones y mujeres, que se han ido a luchar a Siria, arriesgando así sus vidas, y el flujo migratorio descontrolado y masivo, la población europea se encuentra desamparada, porque no sabe descifrar lo que sucede fuera de sus fronteras y menos en Medio Oriente. La gente se siente invadida y en peligro. La crisis generalizada en toda Europa no ayuda a razonar a una población bastante despolitizada.

En los últimos años, desde que regresé a Europa, algunos libros de ficción o de análisis están proponiendo un diagnóstico acerca de lo que está pasando en las clases populares blancas. Pienso en dos autores, un maestro y su alumno, influenciados por la sociología de Pierre Bourdieu y traducidos al español: Didier Eribon y Edouard Louis. Dos gays salidos de las clases populares en las que padecieron primero la homofobia y luego el estigma de clase. Estas clases populares que hace 40 años votaban por el Partido Comunista y ahora por el Frente Nacional porque es "el único partido que los toma en cuenta", dicen. En el lenguaje de todos los días utilizado por los políticos y los medios de comunicación los conceptos de análisis social han desaparecido y los eufemismos imperan. Sobre todo, respecto de la existencia de las clases sociales y la dominación. Incluso, el primer ministro francés llamó a las ciencias humanas y sociales, utilizadas para el análisis de los últimos acontecimientos, una cultura de la "excusa". Nos queda mucho trabajo por delante y muchas luchas que dar en esta Europa aterrorizada y regresiva. ■

Cédric Minne (desde Bélgica)

Entre la planchita y el Black Power

Orígenes, presente y política

MUCHO MÁS que un concepto clave del movimiento negro de Estados Unidos en los años 60 y 70 el Black Power (poder negro), en el Brasil contemporáneo, se refiere a un peinado, el conocido african look de Uruguay. Es inquietante pensar que la expresión que devino el más fuerte eslogan político de la historia del movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos se haya licuado al punto de representar nada más que una opción de estética capilar (por cierto estilosa, y que no deja de celebrar la negritud). También es inquietante testimoniar que, en otras partes del mundo (como en Uruguay), este planteo no sobreviviera ni siquiera en el lenguaje cotidiano.

Y no por ser un extranjerismo. La expresión african look, igualmente anglosajona, quita del Black Power dos ideas-fuerza insustituibles a la hora de forjar una identidad basada en la herencia africana: “poder” y “negritud”. Semánticamente, el pelo antes representante del “poder negro” se vuelve un recurso para obtener “apariencia africana” (african look). Digamos que, generalmente, los que pueden optar por usar el african look ya tienen... african look. De lo que se trata cuando se elige ostentar pelos naturales (movimiento en este momento muy efervescente en las redes sociales entre hombres y mujeres negros de todo el mundo) es otra cosa: reivindicar la belleza de características étnicas que no están vistas como tal. Hablar de african look es aplicar una planchita bien caliente sobre el Black Power. Pero esto no es importante. Es anecdótico, curioso. A lo sumo, medianamente provocador. Lo más importante es que, siendo Black Power o african look, la opción estética que connota un posicionamiento político permanece. Aunque soterrada por capas de banalización, desconocimiento, olvido y comercialización: ¿quién nunca se puso un african look en el Carnaval carioca de un casamiento?

Lo que importa es la permanencia de referencias que ayudan a pavimentar el camino rumbo a objetivos que las trascienden.

El propio Black Power (ahora el concepto político) fue de estas expresiones que -por plasmar el espíritu de las muchas y urgentes aspiraciones que invocaba- terminaron abriendo por lo menos dos grandes vertientes en el pensamiento y el accionar de los militantes por los derechos de los negros, una corriente anti y otra pro violencia, básicamente. Se volvió un paraguas demasiado grande, que albergó, además, percepciones a primera vista complementarias pero después consideradas incompatibles entre sí. La intolerancia a la diferencia, en el seno de la lucha negra en Estados Unidos, fue clave para la desmovilización.

En 1966, año en que la expresión empezó a ganar terreno, Black Power era, para Stokely Carmichael (uno de sus más importantes propagadores), un llamado a “poner a

Estados Unidos de rodillas cada vez que perjudique a un hombre negro”. Martin Luther King lo consideraba un eslogan “insensato”, por las connotaciones de violencia y separatismo que cargaba, y prefería términos como “consciencia negra”.

Aun así, trató de enmarcarlo dentro de sus creencias: “El ‘poder negro’ en sentido amplio y positivo es un llamado a que los negros reúnan poder económico y político para alcanzar sus objetivos legítimos”. También expresó: “No hay nada esencialmente malo con el poder. El problema es que en Estados Unidos el poder está distribuido de forma desigual [...] Cuando hablamos de poder, debemos siempre ver el poder como el uso correcto de la fuerza”.

Diferencias que fortalecen

Vengo de una realidad en la que 53% de la población se declara negra o “parda” (mulata), según el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, por medio de un sondeo difundido a fines del año pasado. En Brasil, los movimientos negros son muchos, casi tantos como las personas que de alguna forma levantan su bandera en pro del objetivo común de construir una sociedad efectivamente igualitaria entre negros y blancos. Gilberto Gil y Vinicius de Moraes (que se denominaba “el blanco más negro de Brasil”) tienen mucho más en común que Gil y Pelé, por ejemplo, el “atleta del siglo”, conocido por la fantástica trayectoria en el fútbol y por no reconocer a sus hijos y evadir cuanta ocasión haya de pronunciarse sobre los problemas que enfrentan los negros como él.

En Brasil, la experiencia de negritud es variada. Muchas expresiones culturales de matriz africana resultan distintas entre sí, resultado a veces de las diferentes conformaciones de las corrientes de llegada de los ancestros africanos a diversos puntos de Brasil. Un ejemplo es el candomblé, que adquiere nombres y rituales diversos a lo largo del país, en donde puede recibir otros nombres (como “xangô”, en Pernambuco, o “batuque”, en Rio Grande do Sul, o “tambor de mina” en los estados del norte, como Maranhão).

Pero los males son los mismos. Los datos son del Mapa de la Violencia (www.mapadaviolencia.org.br): en Brasil un joven negro es asesinado cada 23 minutos, una tasa de homicidio cuatro veces más grande que la de los jóvenes blancos de la misma franja de edad (entre 15 y 29 años). En la última década, los asesinatos de mujeres blancas cayeron 9,8% pero los homicidios de mujeres negras crecieron 54%. Y éstos son sólo ejemplos.

La realidad presenta sin tapujos una experiencia común a los negros, a pesar de la multiplicidad de formas en que viven su herencia africana. Esto deja como enseñanza obvia la comprensión de que es posible, y necesario, crear y avanzar en medio de la diferencia.



Agrupación Bantú. / IVÁN FRANCO (ARCHIVO, ENERO DE 2014)

En Estados Unidos, en donde recientemente fueron (y frecuentemente son) muertos negros por policías blancos y se murieron policías blancos a causa de tiros disparados por un hombre negro, en Dallas, la comunidad negra es vigorosa por la diversidad de sus integrantes (y no a pesar de ello), con lo que se consigue que su voz se escuche muy alto. La campaña Black Lives Matter (“Las vidas negras importan”, a la que oportunamente adhirió Hillary Clinton en la disputa por la presidencia) es sólo una muestra de esto.

João, Satú y Tamashalim

Soy parte de una familia fundadora de una comunidad de santo en el interior de Sergipe, el estado más chico de Brasil. Mi abuelo materno, nieto de la iniciadora de esta cofradía del candomblé, me contaba pasajes de la mitología africana como si fuera una fábula de los hermanos Grimm. Si llovía y tronaba, decía, con naturalidad y humor: “¡Ay, que se viene Yansá a meterse en la tierra!”. A veces cantaba en yoruba, el idioma que aprendió de forma rudimentaria con su abuela, traída como esclava a la costa del nordeste de Brasil. Esto de contar las hazañas de los orishas era tan común como comer las castañas de cajú que mi abuelo asaba de tarde o sentarse a mirar telenovelas.

João, mi abuelo, fue un militar condecorado, que luchó por el gobierno federal de Getúlio Vargas

en contra de las fuerzas beligerantes de San Pablo en la Revolución Constitucionalista de 1932. Con los años se volvió un tranquilo vendedor de granos y ocasional consejero. Mi abuela, Satú, hija de indígenas del interior de Sergipe, era su socia. Gracias a ella, un cliente menos próspero casi nunca pagaba por lo que llevaba. João se hacía el distraído, Satú seguía en su peculiar negocio. Ella se murió una década antes que João, y él vivió esos diez años con una tristeza serena, paliada por partidas de dominó, recuerdos de guerra y cuentos africanos. Nada era incompatible.

En sus relatos mi tatarabuela, Tamashalim Ecuobanker, siempre fue una mujer “muy, muy negra, de pelo muy, muy crespo, grandota”. Esto enmarcaba una personalidad de fuerza y de hechos memorables. Un retrato de “empoderamiento”, mucho antes de que la palabra existiera.

Cuando nació, a mí -la más oscura de la familia- me pusieron dos apodos: Nêga (síncope de negra) y Piqui Roxa, algo como “pequeña lila”, porque “de tan negra, yo ya era lila”, como contaba deliciosamente, entre risas y mimos, una de mis primas más queridas.

Crecí siendo Nêga y hasta hoy mi madre me llama así. Tal vez por esto no pueda abdicar de utilizar la expresión “negro”, aunque conozca sus orígenes y las reflexiones sobre el término “afrodescendiente”, preferido en estas tierras.

Militancia del afecto

Creo en la creación (y la puesta en marcha de verdad) de políticas públicas respaldadas por una sociedad civil informada, involucrada y vigilante, que cale hondo en los distintos estratos de la sociedad.

Creo en una movilización negra que sea incluyente, y que llame adeptos a la causa. Adeptos que vengan de otros barrios, departamentos, países, de otras experiencias de vida, de otros colectivos, con otras percepciones. Y con los mismos objetivos. Construir en la diferencia genera cientos más fuertes.

Hablo y escribo sobre la militancia de lo cotidiano, del afecto y de la cercanía. En la naturalización de las cuestiones afro, en la militancia en pro de una sociedad más justa al educar a mis hijos para la alteridad y la identidad. Mi padre siempre dijo que el negro, para ser considerado bueno, tiene que ser bueno dos veces. Ojalá un día no sea así, y es para poner fin a esta desigualdad que trabajo. Por partida doble.

Portar un cuerpo

Hace algunos meses un pobre tipo me llamó “negra inmundada” en la calle. Se acercó y me lo dijo en el oído. Flecha envenenada dirigida con precisión y sutileza. Supe que no lograría arrastrarlo a una comisaría. La calle estaba más bien vacía. Lo que me salió fue dispararle improperios impensados, mientras él se alejaba. “Basura humana”, fue todo lo que le pude gritar. Volví a casa desenchajada, temblando de la cabeza a los pies.

Aunque no haya sido el primer (y no será el último) episodio de racismo, esta experiencia de odio dirigida de forma tan directa y amenazante fue dolorosa.

El camino hacia la igualdad tal vez sea menos largo si contamos con muchas voces. Como el Black-African-Power-Look del inicio. O como nos enseñan las vicisitudes del movimiento negro de Estados Unidos de hace 50 años.

De los uruguayos como sociedad, los negros no necesitamos simpatía, sino compromiso. Entre los negros y los uruguayos de todos los colores nos unen mucho más cosas que las que nos separan.

Mi abuelo João se murió a los 96 años y entró en la historia de la ciudad de Japarutuba (en Sergipe, donde vivía) como el viejo sabio del pueblo. Hay una estatua en su homenaje en la plaza central, enfrente a la catedral. El más grande maestro de candomblé que tuve (yo y muchos otros, de otras religiones) se encuentra sentado, hace más de una década, delante de la iglesia más importante de esa pequeña y muy católica ciudad. Una sonrisa se dibuja en mi cara cada vez que lo pienso. ■

No me digas qué soy

La autoidentificación étnico-racial y las políticas de Estado

“Nuestras almas bellas son racistas”

Por Jean-Paul Sartre, del prólogo a
Los condenados de la Tierra,
de Frantz Fanon (1967).

EN LOS ÚLTIMOS meses se han conocido públicamente nuevos casos de racismo perpetrados por la policía en contra de la comunidad negra en Estados Unidos. Ahora con reacciones o respuestas de personas afroamericanas en contra de la policía. Este tema fue abordado en *Incorrecta* (30 de junio de 2016) por Louis-George Tin en su artículo “Quién tira la primera bala”, en el que explica el rol de las armas en la construcción de Estados Unidos como nación, y especialmente como forma de defensa primero de los nativos y más tarde de las personas esclavizadas.

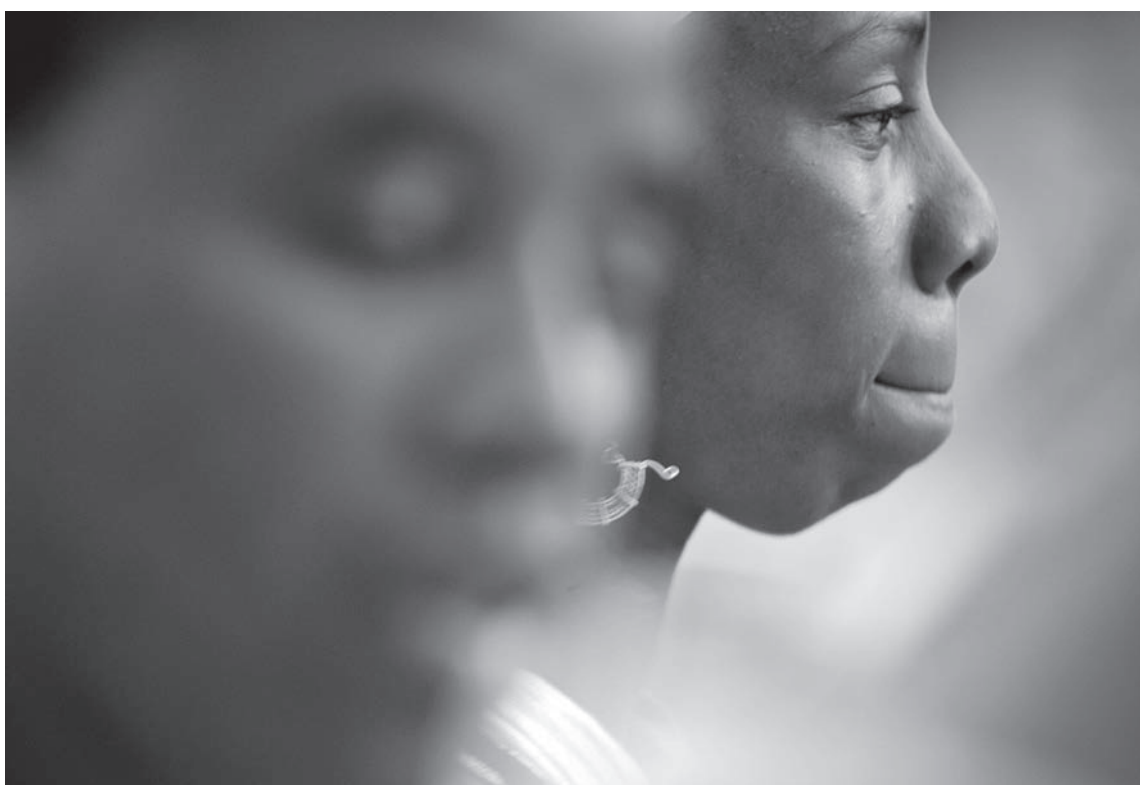
El panorama regional pone en evidencia la vigencia del racismo y la necesidad de situar el problema en la agenda pública. En Estados Unidos parecería que la nueva consigna de los herederos de las panteras negras y su *black power* es bajar uno a uno a todos los agentes de policía que puedan. ¿Es una respuesta al gatillo fácil? Por supuesto que implica más horror, ¿pero nos horroriza de la misma manera cada vez que vemos los videos de una persona negra asesinada por la policía? Parecería que al poder judicial estadounidense no, ya que condenaron a Ramsey Orta -quien filmó el procedimiento policial que dio como resultado el asesinato de Eric Garner (2014) en manos de la policía de Nueva York-, pero no a alguno de los policías responsables de su muerte.

Éste es sólo uno de los ejemplos de la realidad que viven las personas afro. Ciertamente es uno de los peores, pero las situaciones extremas (y sutiles) de discriminación racial y racismo son constantes. Con esta dura realidad, ¿realmente alguien querría hacerse pasar por afro para acceder a alguna prestación menor del Estado? Más cuando todo indica que las personas afro en Brasil, Cuba, Estados Unidos y Uruguay buscan muchas veces “blanquearse” como forma de contrarrestar la violencia racial de la que son objeto.

Focalizado y universal

No se puede desconocer que algunas personas dudan de la efectividad de las medidas focalizadas que se adoptan, porque entienden que, en realidad, la situación de la población afrodescendiente no es más que una expresión de situaciones de vulnerabilidad generales que deberían ser atacadas con políticas universales. Pero las medidas de corte universal no son contradictorias con la aplicación de instrumentos focalizados que atacan problemas concretos, si estos problemas tienen orígenes propios y no pueden reducirse a fenómenos generales de exclusión o pobreza.

En el hacer de la política pública -y más aun cuando se pretende



Afrogama en concierto en la explanada de la Intendencia. / JAVIER CALVELO (ARCHIVO, MARZO DE 2011)

que contribuya a la justicia social- el Estado etiqueta todo el tiempo con definiciones identitarias: sexo, género, origen nacional, nivel socioeducativo, edad. Y también es necesario hacerlo por ascendencia étnico-racial.

Para muchas personas, preguntarle a alguien su ascendencia étnico-racial es un acto de discriminación. Es una de las razones argumentadas con más frecuencia por el personal de la salud cuando se les consulta por la omisión de ese dato en el certificado de nacido vivo. Por lo general, la ciudadanía toma la pregunta como un acto de discriminación, pero cuando no se tiene información precisa se continúa contribuyendo a la invisibilidad de la población afrodescendiente y sus problemas. Invisibilidad que “alude de manera precisa a la negación y ocultamiento de la historia y del pasado africano de los descendientes de los esclavizados [...] así como a la impugnación de su calidad de sujetos y actores políticos en el presente”, como escribe la autora colombiana Maya Restrepo. Entonces, nombrar, contar, diferenciar, para conocer los problemas específicos y luego construir igualdad.

En la construcción de políticas sociales con perspectiva de derechos humanos y con enfoque étnico-racial, que dan el marco teórico a la instrumentación de acciones afirmativas, la pregunta sobre cómo clasificar a quienes son afro y a quienes no lo son surge permanentemente. Detrás siempre está lo ya planteado con una interpelación irónica: ¿cómo vamos a evitar a aquellos que se quieren hacer pasar por afros -cuando no lo son- para hacerse acreedores de los “grandes” beneficios que están dirigidos a este colectivo?

¿Cómo se resuelve esto? Actualmente, el Estado uruguayo

realiza una pregunta de auto-identificación, que hizo el Instituto Nacional de Estadística (INE) para el Censo 2011, y que hacen las Encuestas Continuas de Hogares (ECH) de forma sistematizada desde 2006. Pregunta uno: “¿Cree usted tener ascendencia: ‘afro o negra’, ‘amarilla’, ‘blanca’, ‘indígena’ y ‘otro (especificar)’”. Pregunta dos: “¿Cuál considera que es la principal?”. Esto arroja dos tipos de resultados: uno que dice específicamente qué porcentaje de las personas consultadas se identifica como afrodescendiente y otro más amplio: cuántos afirman tener ascendencia afrodescendiente.

¿Por qué hacerlo así? ¿Por qué preguntar y no hacerlo por hetero-identificación, es decir, que sea el ojo del otro el que me clasifique como afro o no afro? ¿Cuál sería otra forma de clasificación si no es la auto-identificación? ¿Hay un otro más capacitado que yo para marcar ese criterio? ¿Cómo lo haría? ¿Por el tono de la piel? ¿Cómo se consideraría la historia individual? ¿Y las trayectorias de discriminación y violencia que viven los cuerpos negros en los distintos espacios sociales?

Por qué afrodescendencia

El concepto de afrodescendencia encierra al menos tres elementos relevantes, que, separada o conjuntamente, conforman lo que llamamos identidad afrodescendiente. En primer lugar, un *elemento étnico*, que refiere a la conjunción de rasgos históricos y socioculturales que construyen la identidad de un grupo. Así, para el caso de las personas afrodescendientes, la historia de esclavitud y la trata transatlántica de sus antepasados, la herencia socioeconómica desventajosa, la existencia de un patrimonio cultural, tradicional y artístico, la religiosidad y otras manifestaciones, forman parte de

la construcción identitaria y de pertenencia a ese colectivo.

En segundo lugar, el *elemento racial*. Si bien las razas no existen en tanto diferencias biológicas, fisiológicas y morfológicas entre los seres humanos, sí existe una construcción social derivada de diferencias fenotípicas que tiene en el racismo su peor expresión. La existencia de un orden jerárquico racial-social en Uruguay queda evidenciado por la situación de alta vulneración y exclusión en la que se encuentra la población afrouriaguaya. Los datos de la ECH de 2015 muestran que la incidencia de la pobreza (es decir, los hogares que ganan menos de 10.784 pesos por persona como ingresos mensuales) en la población afro es casi el triple que para las personas no afro; y si hablamos de indigencia (menos de 2.785 pesos por persona), la situación se cuadruplica.

El tercer elemento es el *relacional*, que es consecuencia de la conjunción de los factores étnicos y raciales y que se traduce en vivencias de discriminación. Estas experiencias responden al racismo estructural: todo lo que contribuye a la fijación de las personas no-blancas en posiciones de subordinación, menor prestigio y autoridad social, política y económica, y también al racismo acostumbrado, o “automático”, según Rita Segato: irreflexivo, naturalizado y culturalmente establecido, pero que no llega a ser explicitado como algo que diferencia a las personas de acuerdo con su pertenencia a distintos grupos étnicos o raciales.

El término afrodescendiente es también político, consensuado por la sociedad civil organizada a nivel global a partir de la Conferencia de Durban. Queda en evidencia, entonces, que no podemos deducir la afrodescendencia por el fenotipo de las personas. La auto-identificación hace referencia a las

características que cada persona resalta de sí misma, mientras que la hetero-identificación refiere a las que resaltan otras personas.

Cabe señalar que existe un alto nivel de concordancia entre la declaración de auto-identificación étnico-racial y lo percibido socialmente. Un estudio realizado por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, denominado “¿Qué ves cuándo me ves? Estudio sobre clasificación étnico-racial, afrodescendientes y desigualdades en Uruguay”, demuestra la alta sintonía entre los que se auto-identifican como afrodescendientes y su hetero-identificación.

Si tenemos en cuenta estos aspectos y reconocemos que cada persona es protagonista de su historia de vida, la auto-identificación surge como única forma de identificación deseable. Es necesario garantizar la libertad de las personas de manifestar su identidad.

Estas incertidumbres también pueden ser resueltas por lo que algunas personas denominan *mecanismos de control de los aspirantes*, que podría ser una declaración jurada, en la que la persona deje constancia de su ascendencia identitaria ante el Estado.

El relevamiento sistematizado del dato de ascendencia étnico-racial, que en Uruguay constituye un problema, en otros países implica un sistema de registro integral y centralizado de declaración de auto-identificación que se construye a lo largo del ciclo de vida de las personas. En los casos de los países anglosajones a lo largo de la vida existen varios momentos en los que el dato de ascendencia étnico-racial es registrado: al nacer, al comenzar la escolarización, a la hora de sacar la credencial, al iniciar el servicio militar. Esto facilita el análisis de la persona beneficiaria, dado que a lo largo de su vida ha declarado una ascendencia determinada.

Otra de las formas de control es la asistencia a talleres de formación en derechos, en los que las personas que, por ejemplo, entran por cuota a laborar al Estado, trabajarían sobre las características de la ley 19.122 y su fundamentación, para no perder la consciencia social del proceso que los llevó a ocupar ese lugar.

Ninguna de estas medidas es una solución real para la falta de oportunidades que históricamente han tenido las personas afrodescendientes en Uruguay. Sólo es un modesto e indispensable inicio. Igual que en el caso de las personas trans (travestis, transexuales y transgénero) y el otorgamiento de la Tarjeta Uruguay Social, que no resuelve problemas de desigualdad e injusticia pero significan un primer paso hacia el reconocimiento. Primero el reconocimiento del Estado de su negligencia histórica para así comenzar a recomponer las graves situaciones de exclusión social. ■

Humor político y desgenerado

Laerte, la caricaturista brasileña más allá del género

DIBUJANTE, CARICATURISTA, intelectual, transgénero: Laerte Coutinho (San Pablo, 1951) transita todas esas denominaciones en una conversación situada en el Brasil de los tiempos que corren. Una pensadora genial con una obra que se mueve entre lo individual y lo colectivo.

-¿Cómo ha sido la reacción de las personas frente a tu transformación en Sônia?

-Al final desistí de cambiar de nombre. Decidí mantener el nombre de Laerte, primero, porque me gusta. Segundo, porque existen registros de Laerte como un nombre femenino en Brasil. Descubrí que hay 264 mujeres que se llaman así, como indica la web del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística. Es genial. Pero, en realidad, desistí porque no me considero mujer, sino del género femenino, que no es lo mismo. Esta transformación fue muy bien recibida en general, a pesar del modo brasileño de agresividad contra los transgéneros. Pudo haber sido porque ya era conocida en el ámbito profesional, y ese reconocimiento resistió al intento de ridiculización que hubo.

-Tal vez tenga que ver también con la forma en que te presentaste a la opinión pública, de a poco, en términos provocativamente no binarios, desconcertante.

-Puede ser. Nunca pretendí presentarme como mujer: ésa fue una conciencia que tuve desde el principio. Fue así porque pertenezco a un grupo de personas que piensan de esa manera. Vemos la transgeneridad como una posibilidad de aumentar el abanico de la diversidad, y no cerrarla en el bigenerismo, en la vieja concepción de dos géneros, dos sexos.

-¿La transformación le dio libertades a tu trabajo? ¿Cambió tu manera de hacer humor?

-Mi sensibilidad no cambió. La forma de trabajar el humor y las historias ya había cambiado por otros motivos, estaba cansada de la línea que trabajaba. La dinámica que implica cambios en el humor, en el dibujo, es bastante independiente, aunque creo que se articula, porque en el fondo soy una persona sola. Afecta, claro, pero no es una conexión obvia.

-¿Cómo fue hacer humor en la posdictadura, al lado de Angeli y Glauco?

-En realidad, yo empecé a trabajar en 1972, en plena dictadura. Era un contexto de censura y represión, pero había además deseos políticos organizados, de los cuales formé parte. Hay que decir que la dictadura no fue la única dinámica de nuestra cultura en aquel momento. El fin de los 60 fue decisivo, estábamos en dictadura, pero yo estaba interesada en la creación: en Caetano Veloso, en la explosión del cine y las artes plásticas. Mi formación, como la de otros, mezcló esas inquietudes con la necesidad de hacer un trabajo políticamente elocuente, consistente. La democracia, en 1985, me agarró en la mitad de la carrera, con una personalidad formada, aunque siempre cambiando.



-¿Qué ocurre con el momento actual?

-El momento actual es dramático. Me río, pero no es para reír, aunque al mismo tiempo es risible. Ocurre aquello que dijo Marx: cuando la historia se repite dos veces, es una farsa. Estamos viviendo una gran farsa. Al mismo tiempo, se trata de una sociedad que tiene una construcción de ciudadanía diferente a la de 1964. Hoy, este presidente interino busca construir una estructura de poder por la que serán perjudicadas poblaciones enormes: trabajadores, negros, mujeres, artistas, pero se enfrenta a una sociedad que no tiene el grado de pasividad de los 60. Es casi imposible que se repita el mismo grado de opresión. Existen agentes articulados, empoderados, esa palabra extraña, traducción literal de *empowered*, y podemos esperar momentos de conflicto intenso. El sentido de retroceso que se dibuja en este gobierno interino es inviable. ¡No se puede meter la pasta de dientes en el tubo de nuevo!

-¿Podrías dar un ejemplo de lo anterior?

-El año pasado hubo un movimiento de estudiantes de secundaria en San Pablo que obligó al gobernador del estado a negociar. Y el modelo de lucha lo buscaron en Chile, o en Europa. Estuve en una ocupación acá en San Pablo y quedé impresionada por el nivel de organización y de conciencia de los estudiantes. Esas experiencias, potenciadas por internet, se han transformado en un patrimonio común. Internet sirve para algo además de para poner fotos de gatitos y esas mierdas de sitios llenos de odio.

-¿Para quién se hace humor misógino? ¿Los fanáticos religiosos tienen un humor propio?

-Los fanáticos religiosos no, pero algunas alas conservadoras tienen un tipo de humor particular. Ciertos humoristas y dibujantes que tenían un conservadurismo latente, hoy aparecen con más fuerza. Hace algunas décadas, no había mucha diversidad de opinión: estabas a favor o en contra de la dictadura. El tiempo trajo una gran complejidad a ese cuadro. Hay dibujantes de derecha, y hay uno en particular que es muy bueno. El tipo es reaccionario hasta el hueso, y nos sorprendió porque hasta hace poco tiempo ese canal no estaba abierto. ¡Es como si todo el mundo hubiera salido del closet en 2013! Hay una intelectualidad de derecha mucho más grande de lo que teóricamente creíamos, y responde al llamado

de los medios, que siempre han tenido una vocación golpista.

-A propósito, ¿cómo es trabajar para, justamente, Folha de São Paulo?

-Yo tengo libertad de hacer lo que quiero. Si bien *Folha* tiene una postura con la cual no estoy de acuerdo, es el medio donde trabajo y donde además me apoyaron en situaciones delicadas. Existo dentro del diario a partir de un pacto de convivencia que funciona. Pero no sólo me publican a mí, sino también a gente como Janio de Freitas, a Guilherme Boulos.

-¿Cuál es el lugar de la ironía en el humor brasileño?

-No sé si puedo responder esa pregunta. Cuando el Senado votó por el juicio político de Dilma, hubo un momento muy interesante: el voto del senador Collor. Pensemos que él mismo fue juzgado en 1992, aunque no llegó a ser impedido porque renunció antes. Y allá estaba Collor ejerciendo su venganza. Se trata de un momento de gran ironía. La realidad brasileña es muy fértil en momentos irónicos y la ironía es una herramienta de cualquier tipo de humor. Pero puedo citar otra forma de humor. Por ejemplo, en un acto de Bernie Sanders un pajarito se posó en un estrado junto a él y todo el mundo se dio cuenta. Es una especie de gesto poético-humorístico.

-¿Tenés una estrategia para manejar tu exposición?

-No. Mi única estrategia es no dejar que los medios impongan una dirección editorial "atorrante" sobre mí. Soy el dibujante que se viste de mujer: todo un número circense. Me he preocupado por filtrar esa embestida, negándome a recibir periodistas que trabajan en ese sentido. Creo que el resultado es bueno, porque dejé de ser "el hombre que se viste de mujer", para ser un hecho más productivo, ser transgénero. Es gracioso; una vez un periodista se equivocó y llegó a decir que yo era "transgénico", y le dije que yo no era soja.

-¿Qué papel tuvo el Brazilian Crossdresser Club en ese camino?

-En Brasil, el *crossdressing* sirvió para que mucha gente de clase media ejerciera su transgeneridad sin creer que eran travestis. Entré por esa puerta, pero con el tiempo me pareció que no tenía sentido mantener escondido ese deseo. A fines de 2010, llegué a la conclusión de que no quería más ropa masculina y que expresarme como mu-

jer era perfecto para cómo me sentía. Ahí sí asumí un riesgo. Pero fue un riesgo calculado, porque sabía que no iba a pasar por las mismas dificultades que la mayoría de las travestis brasileñas. Tenía una profesión, familia, un lugar en la sociedad, amigos. Era un punto de partida ventajoso.

-Laerte, ¿te considerarás feminista?

-Sí. Además de movilizar originalmente a las mujeres biológicas, el feminismo genera un arsenal de ideas y propuestas en la sociedad con las que estoy muy de acuerdo. Es evidente la manera en que el feminismo instruyó y abasteció al movimiento LGBT, por ejemplo, o al movimiento democrático en el mundo entero. Es una catapulta de cambios innegable en el siglo XX. Además, se puede ser feminista de manera libre, no es un partido.

-¿Se puede colocar preocupaciones de ese tipo en el trabajo de caricaturista?

-En "The Lady in the Van" el dramaturgo inglés Alan Bennett llega a decir que el escritor no se coloca en lo que escribe, sino que se encuentra ahí. Cuando pienso en mi movimiento de transgeneridad y homosexualidad, en el feminismo o en el socialismo, no los meto en mis historias, sino que trato de encontrarlos allá. Es una forma de mantener el trazo y las ideas libres, con poder de vuelo. El trabajo en sindicatos, en la militancia, en el periodismo sindical, se embobrecen cuando deja que la militancia tenga hegemonía evidente en lo que se hace.

-¿Cuándo empezaste a interesarte por la lucha por los derechos de otras personas y no sólo por tu camino personal, y a militar, por ejemplo, en la Associação Brasileira de Transgêner@s?

-En los 60 pertencí al Partido Comunista. Quería una sociedad sin clases, y durante mucho tiempo ésas eran mis ambiciones. Mis cuestiones personales estaban quietitas. Asuntos como género, mujer, gay, eran cuestiones secundarias. Con el tiempo, pasé a preocuparme por lo que estaba pasando acá adentro. Actualmente, creo que hago una buena combinación de esas dos esferas. Entender, reconocer, aceptar y vivir un proceso de transgeneridad, así como de homosexualidad, me hizo conocer gente que está en la lucha. Puedo decir que hice un *upgrade* en mi militancia. ■

"Se trata de un momento de gran ironía. La realidad brasileña es muy fértil en momentos irónicos y la ironía es una herramienta de cualquier tipo de humor".

«FICCIONES PROPIAS»

Saqueo

Primero fue un ave de rapiña sobrevolándonos, el olor a madre selva en la sequía. Mi cabeza tan pronto un nido de mirlos y tus dedos el cucú que pica los huevos para que no nazcan, para que no sean más que embriones pudriéndose a la intemperie. Usás palabras que lastiman. Sinceridad, las llamás, como si no fuera justamente ésa la gran mentira. Como si cada imagen de la memoria, cada fotografía, no estuviese cargada de un fuera de campo, de aquel saqueo. ¿Te acordás? Caminamos entre carteles que advierten zona de abismos. Me exigís como el peor capitalista, apaciguando con tus caricias los restos de esa verdad que desde hace mucho tiempo, amor mío, no existe.

◆◆◆

Cuando me escuché decirle que sería lindo tener un gato, empecé a extrañarlo. Para retrasar la muerte irremediable, lo espíe trabajando, acumulé gestos, sutiles movimientos, el lápiz rascándole las canas que empezaban a asomar. Le compré calzoncillos y me los agradecía diciendo "es buena señal". Visitamos todas las habitaciones: pasillo de avión, noche de estrellas, kamasutra y mi tristeza se hacía cada vez más honda y el gatito que llamamos Lunes fue creciendo y él no lo quería en el cuarto; él no lo quería.

Un día le dije "qué lejos estoy" y él me miró sin parpadear y respondió "sí, yo tampoco te reconozco".

Entonces nos fuimos a la ducha e hicimos vapor con las lágrimas; sonó el

teléfono y respondí con dislexia y bajé las escaleras con la toalla envolviendo mi pelo y corrí diez cuadras hasta una plaza con estatuas que hasta hoy sonríen.

◆◆◆

Ensayamos una vez más la pareja estable. En los eventos sociales hablé elogiosamente de tu pecera y del queso que me regalaste para mi cumpleaños. Vos describiste las coincidencias que conspiraron y disfrutaste de cada pregunta y signo de exclamación. Esos días soñé todas las noches. Soñé con una habitación repleta de cascarudos, bichos torito para ser más exacta. Soñé que despertábamos y ellos estaban cubriendo de negro todo el techo, toda la pared, peleando por mantenerse pegados, se apilaban, se enganchaban con sus cuernos, se peleaban. Algunos cayeron a las sábanas de nuestra cama blanca y yo te preguntaba qué es esto y vos me dabas una respuesta incomprendible. Esa mañana despertaste antes y susurraste con el mentón pegado a mi vientre "estás en el centro de mi vida". Tu boca jamás se supo tan suave, ni vos te viste tan viejo.

◆◆◆

Hicimos un hueco en la nieve orinando. Encendimos 14 piñas con los papeles de un libro que yo jamás leería. Nos reímos porque ya no teníamos más nada para decirnos. Me desprendí la camisa. Me quitó la ropa con sus bigotes. Hice lo

propio con mis trenzas. Lo vestí con mi mejor collar. Nos untamos de cenizas y hablamos en lenguas porque desnudos tampoco teníamos algo que decirnos. Entonces filmé un plano, uno, desde la sombra de los pinos hasta su pene gris, sin gracia. Filmé mis pies hundiéndose en la nieve, la carcaza del libro que guardé como trofeo de guerra. De fondo, el sonido del viento escabulléndose en el bosque y mi voz le dijo que un lobo estaba aullando. Me voy, hasta mañana. Caminé tres pasos. Me tomó del brazo: te imaginé todas las noches, todas las mañanas cuando me despierto.

Anoche murió mi madre, respondí. Caminé tres pasos y amanecí en un desierto.

◆◆◆

La parra, un hielo en tu boca desplazándose sobre mi pecho todavía entero.

Las chicharras, los grillos. Todo tu garbo y prestancia de hombre ridículamente bello.

Yo, tu sudor sin culpa. Vos, mi cuerpo de febrero. Entonces trepo al álamo

y nos observo absortos en la hamaca. No hay nada más parecido a tu sonrisa que esta medialuna.

Qué lindo lo que nos está pasando. Qué lindo todo lo que nos está pasando. Gracias.

Gracias.

Yo, como una gata castrada y desvelada, escudriñándome.

Sé, con encono, que lo estoy soñando.

Y despierto.

Lo que vino después no vale nada.

Seguir el olfato y traicionarlo.

Disolver una piedra de azúcar en el café de la mañana.

Lo que vino después,

fue disolverte

en café

cada mañana.

◆◆◆

Ese día mi boca, triste, le pidió que me acompañe al cementerio.

Nos quedamos una semana con cada padre en cada entierro.

Cada día dije algo importante que ustedes no sabrán.

Exploré las texturas de mi abuela, su senos que nunca dieron leche.

Lavé ropa con mi niña en la palangana, ella sangraba picaduras de mosquitos.

Mordí tres veces los hombros de él, que tiernamente me decía: "ya te estoy extrañando".

Del cementerio nos fuimos a un lugar que llamamos páramo y ahí vendé mis ojos y abrí la boca: higos, almendras, uvas frescas. Su lengua alegre dibujó collares en mi cuello. Me desnudó y me pidió más y yo empecé a temblar y él abrazado a mi vientre sin hijos pidió más, dijo "por favor, dame más". ■

Alicia Cano

YO NO SOY

Sin el perdón

Ese árbol domina los recuerdos de mi infancia. Fortaleza de brazos infinitos que sostiene todavía los columpios que me hicieron tocar el cielo.

Su sobrado protagonismo es evidente; y ahí en la casa ubicada en Laurel 8 es que mi abuela vivió sus últimos 50 años de vida.

Encerrada en esas paredes impuso su imperio. El aire acondicionado la mantuvo ajena a las heridas de los huracanes, de la humedad del puerto de morros que serpentean, de veredas humeantes, de eternos veranos, de pobreza vergonzante.

Al sonido de la campana, las criadas tenían que acudir presurosas. Pocos recuerdan sus nombres. Son la mucama, la chacha, la limpiadora.

Para mí siempre fueron Alicia y Jose, mujeres de la montaña, de piel color bronce, de piecitos tatamados y regordetes, de manos anchas, venosas; sus sudores se habían mimetizado con el olor a lavandina, con los productos que sustituyeron los perfumes franceses que sus cuerpos nunca han transpirado.

La campana suena: para que poden el pasto, para que atiendan al nietecito que llegó cansado y sediento, para que limpien bien el polvo que se sujetó en el mármol, para que peinen a Burbuja, la perra tuerta, para que reluzca la vajilla; para que arreglen el mundo de aquellos ricos fracasados.

En otoño las bayas del laurel invaden el patio. Y a los pies de ese árbol, Alicia y Jose

lidian con esos frutos que se estrellan y se remolonean en el piso. Si no sale con el trapo tallan con sus uñas.

Cuando la familia de mi padre se mudó a esa casa, eran los 60 y el puerto era el polo turístico más importante del país. El jet set mundial se reunía ahí.

De esa época, quedan los viejos almanaques en los que pueden apreciarse las fotos en blanco y negro de Frank Sinatra, los Kennedy, Elizabeth Taylor y otros tantos, presumiendo sus pieles bronceadas y sus sonrisas blancas. Pero sólo queda eso, papeles que la humedad va devorando. Después del resplandor unos cuantos supieron convertir a Acapulco en el epicentro del infierno; lo devoraron, lo vomitaron y quisieron volvérselo a comer.

La casa de la abuela sigue ahí, es un búnker que permanece ajeno a las costras de miseria que se extienden en los cerros aledaños. No muy lejos viven Alicia y Jose, en la colonia Progreso, donde aparecen todos los días cuerpos mutilados, cabezas colgadas, narcomensajes que advierten que nadie puede escapar de los guerreros unidos.

Me gustaría pedirles perdón por tanta humillación, porque nunca me negaron un abrazo, por el veneno que corre por las respingadas narices, por el olvido, por el ostracismo impuesto, por esa violencia que construye fosas, por las veces que nadie las miró a los ojos.

La costera se militariza, corre sangre en ese puerto que supo ser la Perla del Pacífico.

Las celebridades sonríen desde otros paraísos y yo miro por vía satelital la copa viva del árbol de mi niñez. Como si en ese punto verde entrara toda mi esperanza.

◆◆◆

Estuve cerca del quirófano pero el bisturí no me atravesó. Mi cuerpo supo abrirse, los compartimientos se adecuaron a los mandatos de la oxitocina sintética, de las contracciones endemoniadas, lentas, dolorosas.

Todo formando una línea perfecta; la apertura del útero, los labios floreciendo, los huesos cediendo, la vagina el libro abierto.

No hay misterio. Asomaste tu cabeza, tus ojos vieron la luz artificial de este mundo traicionero.

Soy un animal hambriento, pariendo. El ayuno me está matando.

Abjuré del esencialismo omnipresente, pero tu ombligo está unido al mío; sólo entonces supe del lazo de la humanidad perenne. Te sostengo y nos salvamos, el reloj marca las tres menos veinte.

◆◆◆

Muchos escritores vivieron en este barrio. Tomo un coqueto expreso mientras trato de recordar cuál de esas casas que se asoman entre los árboles fue la última residencia de Juan Gelman.

Afilo el lápiz y él aparece porque es verdadero; lo único verdadero entre estas veredas que simulan ser de adoquín francés.

Se para frente a mí. Con su piel morena y sus ojos rasgados, con las mejillas coloradas y suaves como piel de durazno. Le pregunto lo obvio. Me mira mientras con sus deditos representa sus tres años. De su pequeño cuello cuelga un collar de cuentas que sostiene a la santa de su devoción, es una calavera. Él ve a la blanquita que lo cuida, se aferra a ella cuando lo golpean, cuando le roban esa infancia que brilla en sus ojos. Sus largas pestañas son cortinas negras que cubren esos paisajes tristes.

Su cabello crespo, sus pies descalzos, recorren esta ciudad de cemento. Vende borreguitos de la abundancia y me dice "lleve uno güerita, es de la buena suerte". Le compro uno pero lo dejo alejarse.

Sobrevolé el Popocatepetl, el Iztacihuatl, los Andes, el Pan de Azúcar y sigo aquí pensándote. ¿En qué momento la flaca esa con la guadaña se volvió tu única esperanza?

No eres el hijo que parí pero me dueles. El mío crece rápidamente y en poco tiempo empezará a hacer preguntas. Me desgarrará saber esa otra infancia brillante que se va.

Probablemente la próxima vez que te vea ni siquiera te reconozca. Tendrás derecho a odiarme. Y a mi hijo también. ■

Valeria España

MONTEVIDEO, TU CANCIÓN

Me llevó la lluvia y me quedé a pasar el invierno, pero en ese momento ninguno tenía muy claro qué estaba pasando. Con el correr de los días, cómo era que habíamos llegado a esa extraña convivencia perdía cada vez más importancia. Nuestros pequeños infiernos habían encontrado la manera de compartir el mismo techo y con eso bastaba. Nos hicimos compañía, nos hicimos cómplices, nos hicimos bien. Él me llenaba de música y yo de palabras en notitas perdidas por toda la casa. Él cocinaba, yo le contaba historias que lo hacían reír.

Un día de lluvia como todos los de ese tiempo salió de su cuarto y me escuchó llorar detrás de la puerta. Estaba apurado, y por mucho que quisiera acompañarme debía irse. Sólo me abrazó fuerte contra su pecho y me acarició la cabeza.

-¿Te acordás de lo que me dijiste la noche que llegaste a casa?

Le respondí casi indiferente.

-La verdad que no recuerdo mucho más que un frío horrible y la vergüenza de pensar que iba a tener que colgar mis bombachas al lado de tus remeras.

-¿En serio no te acordás? Estabas tomando un té antes de ir a la cama y dijiste: "Nadie murió de amor". Así como si nada, mientras soplabas adentro de la taza esa que te encanta, la de lechuzas de colores.

-Ah, mirá qué superada estaba, se ve que me había hecho bien la psicóloga ese día.

-No, boba, tenías razón, nadie se murió de amor. Ahora me tengo que ir, pero ¿me prometés que vas a estar bien?

Todavía confundida bajo los efectos de ese abrazo dije que sí moviendo la cabeza.

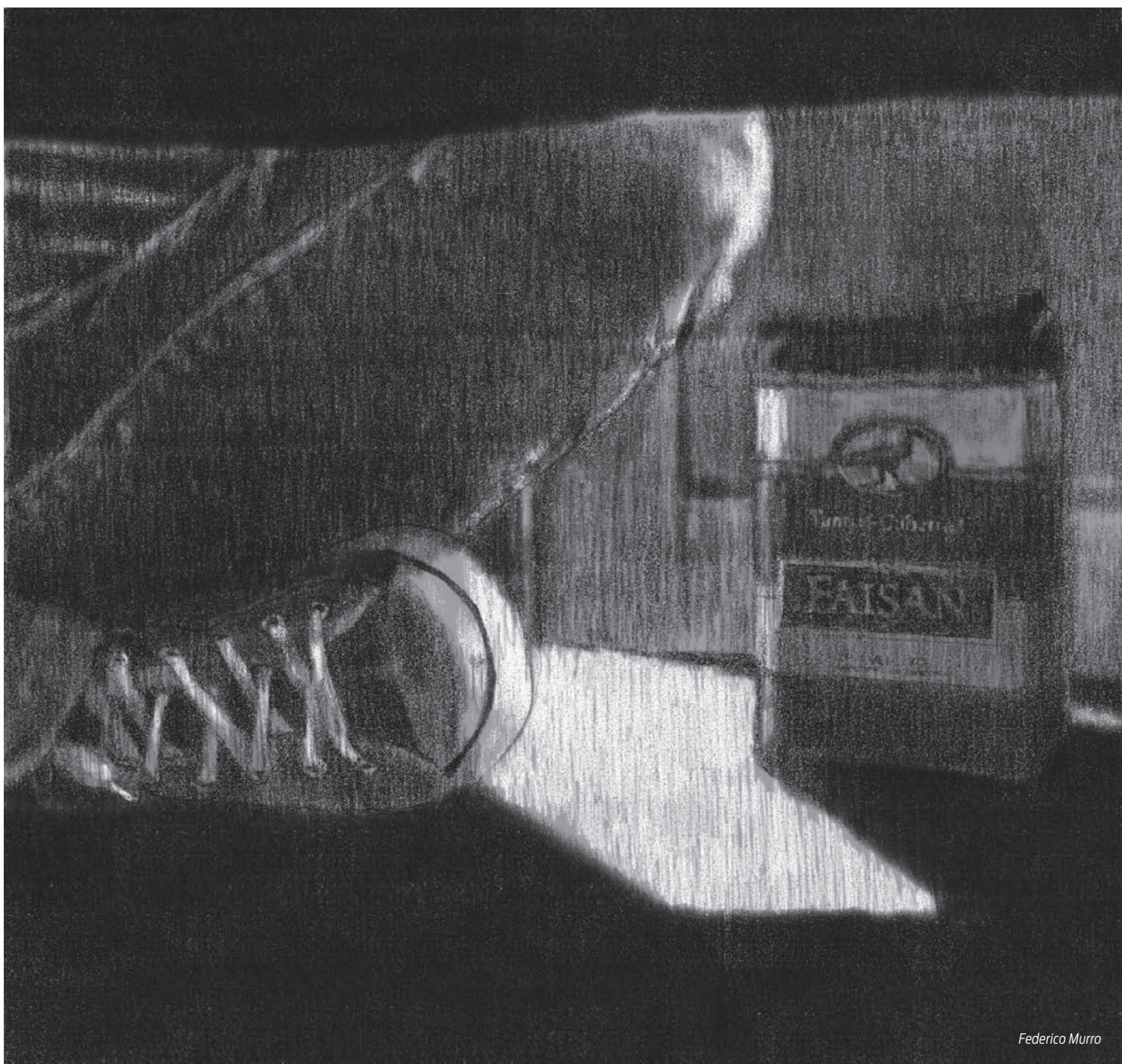
Esa noche decidí esperarlo despierta. Pasé largo rato envuelta en una frazada en el sillón. Sentí la puerta que se abría y me incorporé nerviosa justo en el momento en que escuché la voz de él y una risa de mujer. Intenté correr a mi cuarto, pero no pude evitar verlo llegar de la calle con una cerveza en una mano y una chica bajita y flaquísima en la otra. Saludé tímida y apuré el paso hacia mi cama para esconder la humillación, hundiendo la cabeza en la almohada.

Unos minutos más tarde golpearon la puerta.

-Eu, ¿estás mejor?

-Sí, gracias, hoy tuve un día complicado en el trabajo y exploté contigo, fue eso nomás, nada especial -dije mientras doblaba ropa en un intento de parecer despreocupada.

-Bueno, me alegro. Vuelvo a la cocina entonces, estamos haciendo lasaña. Te dejo separado



Federico Murro

un poco para tu vianda de mañana, ¿te parece?

Claro que me parecía. Es más, me parecía lo más parecido al amor que había experimentado en meses. Pero, en realidad, ¿de qué amor estaba hablando? O mejor, ¿de amor a qué? Lo mismo daba si me cocinaba exclusivamente o debía comer las sobras de la pitufa de turno. Mi corazón cabía en un tupper, a eso había llegado y no me parecía tan mal. Al fin y al cabo tenía razón: el hambre mata más gente que el amor.

♦♦♦

Entraste con tu cara de aguilucho desplumado y un tetra-brick Faisán. Yo no sabía si reírme o llorar. Rogué para mis adentros que lo hubieras traído como una especie de burla haciéndole un guiño al consumo irónico, consagrándonos como los más pretenciosos del lugar. Pero no, lo traías en serio, al igual que traías tu campera colorada y tu guitarra.

Tomaste un sorbo de vino y deslizaste los primeros acordes de un tema de Cabrera. Yo miraba maravillada toda la escena: eras el cliché completo, no te faltaba nada. Adentro, las paredes húmedas. Afuera, un Montevideo gris y frío con sus autos y sirenas a lo lejos.

No te guardo rencor, ojalá la vida te cruce con la princesa Faisán que te siga ese ritmo de Cabrera en blanco y negro.

♦♦♦

Escuché que alguien te nombraba y quise gritar. Si tuviera voz, gritaría, pero el dolor me dejó muda. También me dejó inmóvil. Por dentro me recorre un río de sangre, bronca y vino tinto que se choca frenético, intenso, con un afuera petrificado. No sé qué voy a hacer si escucho a alguien más nombrarte. Odio todo. Te odio todo. A vos y a tu cara de nada. Odio tus silencios, pero más odio tus palabras grandilocuentes siempre mal usadas. Odio tu voz nasal diciendo mi

nombre. Odio tu saco y tu sombrero en el sillón. Te odio a vos y a todo lo que me haga acordar a vos. Odio el tango, la murga y el candombe. Las semillas tostadas y tus frascos de cúrcuma. Odio tu dependencia, odio tu falsa independencia. Odio haberte amado, odio haberte esperado. Quedate con los mil apodosos que te puse y con la historia de nuestro primer beso. Quedate con tus canciones, no le interesan a nadie. Llevate tu tatuaje nuevo. Llévame a mí en tu tatuaje nuevo, mordiéndote, cortándote, quemándote de afuera hacia adentro.

♦♦♦

Es la noche número setenta y tres después de ella. Se levanta, fuma nervioso, no puede dejar de pensar un segundo. En su cabeza, un torbellino de imágenes y palabras se chocan entre sí formando y deformando recuerdos. Y canciones, cientos de canciones. Basta de canciones. "No puedo escuchar más a Él Mató a un Po-

licía Motorizado", piensa mientras agarra su saco de lana y sale a la calle. Otro puto jueves.

Camina apurando el paso, lo encandilan los faroles de la cárcel central. No le dejan ver la puerta de ese local abandonado donde estacionó su bicicleta aquella vez mientras la esperaba, tan linda, siempre impuntual.

Llega por fin a un lugar amigo, un galpón descascarado tomado por músicos de poca monta experimentando lo más cercano a la fama que iban a estar en sus vidas. Decide mezclarse entre la gente, espera que lo empujen, que lo pisen, que le hagan sentir un dolor físico que tape los gritos de su cabeza. Nadie lo toca, nadie puede verlo, no existe. Vuelve a su casa. Todo está insoportablemente en su lugar. Enciende otro cigarrillo y se tira en la cama. El silencio de la casa es ensordecedor. Los ruidos en su cabeza le dan sentido a todo. ■

Belén Masi

Apoyan:



2015-2025
DECENIO DE LAS PERSONAS
AFRODESCENDIENTES
RECONOCIMIENTO = JUSTICIA = DESARROLLO



Ministerio de
Desarrollo Social

Redactor responsable: Lucas Silva / Edición y coordinación: Apegé / Diseño y armado: Martín Tarallo / Edición gráfica: Iván Franco / Ilustraciones: Federico Murro / Textos: Alicia Cano, Valeria España, Rosario Lázaro Igoa, Belén Masi, Cédric Minne, Denise Mota, Patricia P Gainza, Natalia Uval / Corrección: Magdalena Sagarra / Consejo asesor: Valeria España, Patricia P Gainza, Ana Karina Moreira